

¿PARA QUÉ SIRVE CONOCER LA HISTORIA SOCIAL DE LA EDUCACIÓN JAPONESA EN LA ACTUALIDAD?

MARCELA MOLLIS

Pero la historia es decididamente algo demasiado importante para que se deje al arbitrio de los historiadores...

Jean Chesneaux, 1984

Entre el dogmatismo y el etnocentrismo histórico

DECIR QUE LA COSMOVISIÓN OCCIDENTAL tiene un lugar preponderante en nuestra historia latinoamericana en general y en la argentina en particular, es una verdad casi de perogrullo. Una lectura superficial de los libros de texto y de los programas de las asignaturas históricas a los niveles medio y superior permite reconocer una identidad cultural que nos remonta a los griegos y a los latinos con una incuestionable familiaridad. Hasta hace pocos años, incorporar a los cursos de Historia general temas vinculados con las “lejanas y extrañas culturas de Oriente”, connotaba cierto excentricismo irrelevante de parte del profesor que lo hacía.

Nuestra mentalidad dogmática identifica como único modelo de ciencia aceptable el que está teñido por una fuerte tradición positivista y, como tal, desprecia cualquier tipo de pensamiento ajeno a la estructura lógico-conceptual considerada “válida”. ¿Acaso nuestro “aristotelizado” entendimiento se encuentra poco permeable a la comprensión de fenómenos culturales no pertenecientes al territorio de la cultura hegemónica occidental?

Una respuesta posible: las llamadas culturas de Oriente —así como cualquier otra manifestación cultural ajena al paradigma dominante— carecen de significación para los herederos

de la cosmovisión occidental de la decimonónica Europa y, con posterioridad a la segunda guerra mundial, de los Estados Unidos.

Con esto no pretendemos desconocer el legado que a partir del “redescubrimiento” del continente americano por parte de la Corona de España, nos enlaza con el viejo continente. Pero tampoco debemos olvidar la colonización ideológica que hemos padecido desde entonces, la de la “cultura impuesta” (Weinberg, G., 1984).¹ Imposición cultural que, en la mayoría de los casos, ha promovido el etnocentrismo que abunda en las explicaciones o en la pretendida comprensión de la denominada Historia Universal. Etnocentrismo que impide reconocer a la historia regional de Asia, África y Latinoamérica como existente —del mismo modo que el siglo de Pericles o el derecho justiniano— e independiente de la iniciativa colonial de las metrópolis.

La historia social de la educación en Japón: ¿particularidad vs. universalidad?

El estudio de la Historia Universal puede ser abordado de tal modo que nos permita comprender tanto los aspectos específicos en tiempos y espacios acotados de las distintas realidades sociales, como los aspectos más universales —procesos estructurales— que subyacen a toda particularidad social. Gracias a los aportes de Fernand Braudel y la Escuela de los Annales, comenzó a considerarse que

el tiempo breve de la historia: el de las biografías y de los acontecimientos [...] no es, en absoluto, el que le interesa a los historiadores economistas o sociales. Las sociedades, las civilizaciones, las economías, las instituciones políticas viven a un ritmo menos precipitado... Por debajo de estas ondas, en el campo de los fenómenos de tendencia se instala una historia de muy largos períodos... Es a ella a la que designamos bajo el nombre de historia estructural... (Braudel, F., 1982: 53).²

¹ Weinberg, G., *Modelos educativos en la historia de América Latina*, Kapelusz, Buenos Aires, 1984, p. 41.

² Braudel, F., *La historia y las ciencias sociales*, Alianza, Madrid, 1982, pp. 53-129 (6ª edición).

Si nuestro interés se orienta hacia el reconocimiento de la especificidad de los hechos históricos del Japón, nos basta con recurrir a la corta duración. En cambio, para comprender los procesos de larga duración tendríamos que considerar los grandes ritmos del devenir histórico, la continuidad y la discontinuidad, las rupturas y las transformaciones de un tiempo social no anecdótico ni coyuntural.

Plantear el problema de la historia social de la educación en términos de continuidad y ruptura significa reconocer que el pasado no es un mero objeto-instrumento del historiador o una representación imaginaria de una realidad ausente. Más bien significa hallar en la realidad del presente huellas no olvidadas de un proceso que sobrevive en sus actores, en las conciencias de quienes protagonizan la historia. Pero además de la continuidad, existen las rupturas en la historia. Agnes Heller nos dice “la conciencia de la historia es la conciencia del cambio” (Heller, A., 1985: 17),³ hechos y procesos que se transforman y que expresan lo novedoso en los distintos periodos. Con los ejemplos que siguen esperamos aclarar esta cuestión.

Algunos elementos de la ética feudal de los sectores populares coexistieron con la incorporación de la tecnología occidental promovida por la modernización industrial durante la Renovación Meiyi (1868-1912). La supervivencia de la “ética colectiva” entre los sectores populares (Duus, P., 1976),⁴ o, por decirlo de otro modo, el fuerte sentido de solidaridad que experimentaban los japoneses, tuvo su razón de ser —entre otros aspectos— en la inexistencia de un hábitat que favoreciera la supervivencia de un individuo aislado. En la lucha cotidiana por sobrevivir, el campesino nipón se enfrentaba con un suelo infértil, a veces arrasado por huracanes y maremotos, además de la estrechez de las parcelas de tierra disponible para el cultivo del arroz. Nada en la naturaleza garantizaba el esfuerzo del agricultor. Sólo la solidaridad en el trabajo comunitario —de la aldea—, la unión en el sacrificio conjunto,

³ Heller, A., *Teoría de la Historia*, Fontamara, Barcelona, 1985, p. 17.

⁴ Duus, P., *The Rise of Modern Japan*, Houghton Mifflin Company, Boston, 1976, pp. 116-120.

permitía enfrentar colectivamente los designios de la naturaleza. La importación de la tecnología occidental aplicada a la agricultura, los procesos de urbanización, la migración de la población rural a las ciudades y la política educativa que sentó las bases del sistema de educación nacional a partir de 1872, posibilitaron aliviar el elevado sacrificio del pueblo nipón. Sin embargo, los líderes gubernamentales siguieron fomentando —a través de los contenidos de la escuela elemental obligatoria— la conciencia social del esfuerzo y del sacrificio durante el proceso de modernización.

Por otra parte, la herencia de la tradición feudal del período Tokugawa se observa en la sociedad de la Renovación Meidiyi, a través de la formación de la “nueva burocracia”, o sea, los funcionarios del Estado nacional nipón. La vieja educación de los clanes basada en los valores éticos del confucianismo, las escuelas privadas de nivel superior que brindaban un tipo de educación moral, tuvieron continuidad en el período moderno a través de la educación ética de los administradores del Estado. La fidelidad, la obediencia, la lealtad hacia el señor feudal se transformaron en la fidelidad, la obediencia, la lealtad hacia el emperador (monarquía constitucional) y hacia la nueva organización nacional (Mollis, M., 1987).⁵

Continuidad en la formación de los valores morales, en la conciencia social de los sectores populares, ruptura en la formación del súbdito del nuevo Estado nacional nipón. Continuidad en las artes, las costumbres y ceremonias ancestrales, patriarcales, religiosas, etc., ruptura en la importación de la tecnología occidental, en el modo de producción capitalista, en la centralización del gobierno y la administración de la sociedad, en los conocimientos científicos y tecnológicos que se transmitían en las universidades imperiales (sobre todo en las primeras décadas de la era Meidiyi). Por otra parte, el espacio rural y la vida cotidiana del campesino nipón estaban muy cercanos a la urbe “modernizada”. En suma, continuidad y ruptura que hacen del Japón actual una sociedad profundamente contrastante, donde algunos rituales parecen no haber cam-

⁵ Mollis, M., *Japón: del sable samurai al destructor naval*, Facultad de Filosofía y Letras, Departamento de Ciencias de la Educación, Biblos, Buenos Aires, 1987.

biado desde los tiempos feudales, donde “tradicción” es un concepto lleno de práctica social y donde el futuro se vuelve real a través de la electrónica aplicada a la robótica, la inteligencia artificial y otras conquistas tecnológicas que, ciertamente, anticipan el siglo XXI.

Podemos agregar a lo dicho que algunos estudiosos de los rasgos típicos nipones, de su especificidad analizada en la corta y mediana duración, desean conocer la particularidad en sí por la satisfacción derivada de la erudición misma. Están, además, quienes buscan el conocimiento del pasado de la realidad japonesa por su carácter particular y universal a la vez. El interés es pragmático y reside en la búsqueda de explicaciones que faciliten la comprensión del proceso histórico que condujo al Japón al rango de Estado capitalista moderno. Un capitalismo que adquirió rasgos distintos con el paso del tiempo: expansionista e imperialista en las primeras décadas de este siglo, aniquilado por la bomba atómica y dominado por los Estados Unidos a partir de la quinta década y actualmente transformado en el principal competidor de Estados Unidos en la lucha por la hegemonía económica internacional, al punto de que se habla del siglo XX como el “siglo del Pacífico”.

A pesar de la peculiaridad que caracterizó a la compleja síntesis del proyecto social de los hombres de la Renovación Meiyi, cualquier intento de interpretación y comprensión del mismo nos lleva a la integración dinámica de los factores estructurales y superestructurales de la sociedad. Es decir, los componentes de la conciencia social heredados del feudalismo —fueran éstos de los estratos populares manifestados en su ética colectiva o “*ie*”, o fueran de los estratos aristocráticos de los señores feudales y de los guerreros samurais expresados por los valores morales confucianos— se encuentran estrechamente vinculados al desarrollo económico japonés. El modelo de producción capitalista, cuya importación de Occidente allá por 1868 se orientó básicamente hacia la imitación de técnicas de producción, adquirió el rasgo distintivo al que alude la denominación “capitalismo confuciano”.⁶

⁶ Morishima, M., *¿Por qué ha triunfado el Japón?*, Grijalbo, Barcelona, 1984, p. 34.

Finalmente, el carácter instrumental del sistema educativo en su conjunto se manifestó a través del predominio de la *función conservadora* en la transmisión de tres componentes básicos de la conciencia social nipona:⁷

a) los valores morales heredados de la tradición feudal: lealtad, subordinación, obediencia, abnegación, disciplina, etc. Estos valores, contenidos de la cultura escolar, facilitaron la disponibilidad del pueblo hacia el control social manipulado por los grupos dirigentes más conservadores. Estos sectores gubernamentales encabezaron el proyecto fascista del Japón militarizado entre 1931 y 1945;

b) el nacionalismo: ideología legitimadora de las prácticas expansionistas que acompañaron la política militarista a la que hacíamos referencia en el párrafo anterior. El nacionalismo japonés se apoyó en el consenso natural que el “autosacrificio colectivo” tenía entre los campesinos y el pueblo en su conjunto, y

c) la meritocracia: ideología que permitió superar la inmovilidad de la estructura sociofeudal determinada por el origen del sujeto (cuna o linaje), en aras de una selección basada en los méritos. Sólo los “más capaces”, los que aprobaban los exámenes de admisión a las instituciones educativas superiores, eran los merecedores de los puestos laborales mejor remunerados. Además del beneficio material del salario superior, también eran merecedores de un trabajo vitalicio que garantizaba la estabilidad del trabajador, la capacitación, la salud, la recreación, etc., servicios brindados por los *Zaibatsu* para recompensar la lealtad, la obediencia y la dedicación absoluta a la empresa.

En suma, ni la particularidad de los fenómenos sociales en sí ni el reconocimiento de los factores estructurales universales aislados del propio contexto, pueden satisfacer el propósito comprensivo del caso que analicemos.

⁷ Estos temas se encuentran desarrollados en: Mollis, M., *La función socioeconómica del sistema educativo japonés (1917-1930)*, Biblos, Buenos Aires, 1985.

Algunas reflexiones acerca de la bibliografía sobre el “milagro japonés”

La situación actual de las publicaciones en torno a la sociedad japonesa se encuentra directamente vinculada al liderazgo económico que el Estado nipón tiene en el mundo. Su particular modelo capitalista ha originado entre sus principales competidores —Estados Unidos, especialmente— un interés utilitario respecto de su estudio. Estos trabajos reflejan cierta preocupación “presentista” (se ocupan del Japón actual) y el tema predilecto es el *boom* empresarial. El contenido alude a los aspectos típicos que convierten a las empresas niponas en una suerte de “rareza” digna de ser copiada o imitada por su exitoso *modus operandi*.⁸

El autor de una de las obras con mayor éxito de ventas en los Estados Unidos y también en Argentina —*La tercera ola*— considera que la visión que se tiene acerca del Japón como un “Superestado cuyos ejecutivos poseen habilidades casi mágicas, responde al mito de la invencibilidad japonesa provocado por los medios periodísticos y demás difusores de información masiva”. Comenta Alvin Toffler:⁹

Occidente, en aras de la necesidad, ha sentido de repente un renovado interés por el Japón; estudiamos sistemas de dirección en un estrecho sector de la economía, orientado a la exportación, pero prestamos escasa atención al Japón como un todo, a sus problemas, a sus preocupaciones, a su política...

Del mismo modo que en el pasado nuestras actitudes racistas y paternalistas de occidentales respecto del Japón, una vez más estamos basando decisiones importantes en una *interpretación simplista y mala* de ese complejo país.

Las expresiones de Toffler aluden a la ignorancia cultural de los países centrales —y también de los periféricos—, pro-

⁸ Mencionaremos sólo algunos de los más vendidos en las librerías de Buenos Aires: Courdy, J. C., *El milagro japonés*, Abril, Buenos Aires, 1983 (2ª edición); Gibney, F., *El milagro programado*, Sudamericana-Planeta, Buenos Aires, 1984; Pascale, R. & Athos, A., *El secreto de la técnica empresarial japonesa*, Grijalbo, Buenos Aires, 1983; Peters, T. & Waterman, R., *En busca de la excelencia*, Atlántida, Buenos Aires, 1982.

⁹ Toffler, A., *Avances y premisas*, Plaza & Janés, Barcelona, 1983, p. 76.

ducida por el etnocentrismo occidental al que hacíamos referencia al principio. El momento apropiado para superar esta suerte de *apartheid* cultural con respecto a Japón es el actual. ¿Será que la motivación económica está originando la necesidad de conocer las manifestaciones totales de la sociedad nipona? La bibliografía referida a temas empresariales responde al utilitario propósito de imitar las políticas japonesas en aras de obtener resultados similares en el nivel de productividad y calidad tecnológica. El tema de la *eficiencia o eficacia oriental* adquiere una dimensión significativa, vinculado a la lucha por la hegemonía económica del mundo.¹⁰

El archipiélago del lejano Oriente es objeto, además, de numerosas investigaciones llevadas a cabo por los países más avanzados de Europa.¹¹ Algunas de las investigaciones mencionadas centran su atención en el tema de la *modernización japonesa* y, consecuentemente, en las variables causales del desarrollo: ciencia, tecnología y educación.¹²

En cuanto a las obras bibliográficas sobre la educación japonesa consultadas en la Argentina, hemos corroborado la existencia de *dos* tipos de tendencias en la orientación teórica de las mismas. Ambas tendencias reflejan el orden temporal en el que se han publicado.

Por un lado, el conjunto de publicaciones que remiten a las "teorías del desarrollo", publicadas en la década de los sesenta, se caracterizan por analizar preferentemente las tendencias cuantitativas de la educación y vincularlas exclusivamente al crecimiento económico. En estas obras no se hace referencia alguna al significado político más general ni a las consecuencias sociales del desarrollo o subdesarrollo educativo. Datos cuantitativos, estadísticas, promedios y porcentajes, son intro-

¹⁰ Consultar, fundamentalmente: Eglau, H. O., *Lucha de gigantes: Europa, USA y Japón rivalizan por la hegemonía económica*, Planeta, Barcelona, 1983, pp. 63-79.

¹¹ El artículo de Bownas es ilustrativo. Véase: Bownas, G., "Review of Japanese Studies Abroad", en: *The Japan Foundation Newsletter*, vol. V, núm. 2, Tokio, junio 1977, pp. 3-28.

¹² Entre las obras más relevantes sobre el tema se pueden mencionar: Norbeck, E., *Changing Japan*, Holt, Reinhart & Winston, Nueva York, 1965, pp. 9-23; Jansen, M. (eds.), *Changing Japanese Attitudes Toward Modernization*, Princeton University Press, New Jersey, 1972, pp. 447-487; Hall, W., "Changing Conceptions of the Modernization of Japan", en *op. cit.*, pp. 7-40.

ducidos por conceptos tales como “recursos humanos, educación y desarrollo económico, inversión educativa, insumos-egresos, costos de la educación”, etc.¹³ En este sentido, la explicación del “milagro japonés” se realiza en función de una de las variables más significativas de la modernización nipona: la educación al servicio del crecimiento económico. La educación adquiere en la primera mitad del siglo XX un carácter netamente instrumental, al servicio del proyecto industrialista anterior a Hiroshima.

Por otro lado, la segunda tendencia de la bibliografía publicada en los últimos quince años refleja una concepción integradora de las ciencias sociales, según la cual educación y sociedad conforman un binomio inseparable. Para comprender la compleja trama en la que los procesos educativos se estructuran, se analizan las funciones sociales de la educación —escolar y no escolar— según los distintos momentos de la coyuntura histórica considerada.¹⁴

Hemos consultado además las obras y tesis doctorales sobre la historia de la educación japonesa publicadas en los últimos diez años en los Estados Unidos,¹⁵ las cuales ponen de manifiesto un predominio multidisciplinario. Tanto la denominada *Intellectual History*, como la *New History* o la *Interdisciplinary History*, revelan la aplicación de la teoría fenomenológica,

¹³ Un clásico al respecto es: Halsey, A. F. & Floud, J. & Anderson, C. A., *Education, Economy and Society*, The Free Press Glencoe, Nueva York, 1961; otras obras también significativas son: Ministerio de Educación, *Japan's Growth and Education*, Tokio, 1963; Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, *Reviews of National Policies for Education in Japan*, OECD, París, 1971; y Kato, H., *Education and Youth Employment in Japan*, Carnegie Council on Policies Studies in Higher Education, University of Berkeley Press, 1978.

¹⁴ La bibliografía principal a la que hacemos referencia es: Amano, I., “Educational Crisis in Japan”, en *Educational Policies in Crisis*, William Cummings et al., Praeger, Nueva York, 1986, pp. 23-41; Michio, N., *Higher Education in Japan. Its Take off and Crash*, Asahi Shimbun Company, Japón, 1971; Kaigo T. & Shinkokai, B., *Japanese Education. Its Past and Present*, Tokio, 1974; Bernstein, G. L., *Japanese Marxist: A Portrait of Kawakami Hajime, 1879-1946*, Harvard University Press, England, 1976; Cummings, W., *Education and Equality in Japan*, Princeton University Press, New Jersey, 1980, y Makoto, A. & Amano, I., *Education and Japan's Modernization*, The Japan Times, Tokio 1983.

¹⁵ Estos temas se encuentran desarrollados en Mollis, M., *La historia de la educación comparada*, informe presentado a la OEA, Albany, Nueva York, junio/1987 (mimeo). Especialmente el “Apéndice bibliográfico: Japón”, pp. 39-52.

relativista, funcionalista y neomarxista, esta última utilizada en el análisis del “currículum oculto” o de la “cultura escolar” en función de la corriente llamada *sociology of knowledge*. Los enfoques antropológico, político-económico y sociológico, permiten analizar las funciones particulares del sistema educativo japonés, su vinculación con la estructura socioeconómica, la formación de la clase dirigente nipona o de la “cultura de la intelligentsia”, la expansión de la demanda educativa y el mercado laboral, la movilidad social y los diplomas educacionales, el retraimiento de las demandas sociales, la política del Estado nacional y el sistema de educación superior, entre otros temas.¹⁶

Los aportes de los dos tipos de tendencias registradas resultan útiles al investigador que intente integrar las dos vertientes. Los primeros proveen los elementos fundamentales para comprender algunas dimensiones de la articulación entre el sistema educativo y la economía. En tanto que los segundos facilitan la comprensión más global entre la educación en sentido amplio y la sociedad en su conjunto. A modo de ejemplo: la comprensión de la función social del sistema educativo en un momento dado del desarrollo capitalista —caracterizado por el crecimiento económico— se vería enriquecida por el análisis del proceso más global que llevó al Japón al rango de Estado “nacionalista, paternalista, antiindividualista y confuciano”, según lo describe Michio Morishima.¹⁷

Japón: sociedad de contrastes

En la década de 1960, Japón poseía uno de los sistemas de comunicaciones de masas más avanzados del mundo; la publicación anual de libros superaba a la de Estados Unidos (rasgo propio de una sociedad ávida de información). En el área de

¹⁶ Nos referimos fundamentalmente a las obras que siguen: Kinmonth, E., *The Self-made Man in Meidyi Japanese Thought. From Samurai to Salary Man*, University of California Press, Berkeley, 1984, y Cummings, W. et al., *Changings in the Japanese University. A Comparative Perspective*, Praeger, Nueva York, 1979.

¹⁷ El autor, con una clara orientación weberiana, describe cada uno de los rasgos que hemos mencionado. Véase: Morishima, M., *op. cit.*, pp. 34 y ss.

la física, la medicina, la agricultura, la nutrición y otros campos de la investigación científica se realizaban trascendentales progresos para la humanidad. Paradójicamente, los rituales tradicionales de la ceremonia del té, el *Ikebana* o arreglo floral, el *Kabuki* o arte dramático que data del siglo XVI, el *Bunraku* o teatro de títeres que proviene del siglo VII, coexistían con los estilos de vida occidentales reproducidos en la vestimenta, el consumo de hamburguesas y gaseosas, la práctica del fútbol americano, la música, los bailes. Por otra parte, el ciudadano medio no tenía acceso a los bienes de consumo que Japón exportaba a granel y además cohabitaba en espacios densamente poblados. Numerosos jóvenes (30 por ciento más que el promedio de Estados Unidos) entre 19 y 24 años de edad mostraban elevadísimas tendencias suicidas debido al fracaso ante el intento de ingresar a la universidad.

En la actualidad, Japón ha desarrollado sus industrias de tal modo que se ha convertido en el mayor productor de acero del mundo, el mayor fabricante de barcos, cámaras fotográficas, videograbadoras, calculadoras de bolsillo, y es el número uno respecto de la fabricación de automóviles. No solamente ha avanzado en el campo de la tecnología, sino también en el de la electrónica al punto de llevar la robotización a las empresas y también a las tareas domésticas. Los proyectos sobre la robotización del hogar los está llevando a cabo uno de los consorcios industriales más importantes del Japón, Matsushita.

Japón es actualmente un país en el que coexisten poderosos consorcios industriales conjuntamente con rígidas estructuras que agobian al trabajador y que se apoyan en una serie de componentes de la conciencia social tradicional. Entre ellos pueden mencionarse la lealtad y la subordinación de por vida a la misma empresa, lo que pone de manifiesto la recurrencia de algunos rasgos de la relación servil confuciana entre el señor y sus vasallos. Por otra parte, el papel diferenciado de la mujer respecto del hombre obedece a perfiles de inserción social que ubican a la primera en un lugar casi marginal en la toma de decisiones sociopolíticas. La supremacía de la ética colectiva de los sectores populares es aprovechada en función de la ley del máximo sacrificio para la obtención de mayores utilidades.

Severos exámenes de ingreso a las instituciones educati-

vas que gozan de mayor prestigio social, así como a los puestos mejor remunerados, generan graves conflictos en cuanto la autoestima de los japoneses. Sin embargo, la productividad de la nación nipona y las rentas nacionales siguen aumentando.

Las interpretaciones simplistas que tanto abundan en el mercado bibliográfico no dan cuenta de los elementos recién mencionados. Los defensores de las explicaciones “milagrosas” en torno al Japón aluden a las siguientes cualidades como las determinantes del éxito alcanzado por el país del sol naciente:

- Sacrificio frente al interés común.
- Crecimiento razonable y limitado de la población.
- Juicio sano, motivación y aptitud para la organización, tanto en las esferas gubernamentales como privadas.
- Alto nivel de educación y tecnología.
- Tasas elevadas de ahorro e inversión.
- Régimen liberal y de libre empresa adaptado al Japón.
- Dirigismo e intervencionismo estatal hábilmente dosificados.
- Agresividad en la expansión de mercados, con neta orientación hacia la alta tecnología y las opciones del futuro.
- Ninguna piedad para las actividades económicas no productivas.
- Crecimiento económico que sirve como ancla para el Oeste.
- Abundante fuerza de trabajo disponible.¹⁸

Interesante ecuación. Algunos dirigentes empresariales en Estados Unidos intentaron efectuar el trasplante mecánico de la fórmula con un resultado desalentador. Y es que un occidental no es un japonés...

No cabe la menor duda que Japón representa un modelo de sociedad contrastante, difícilmente comprensible ante la primera aproximación de un observador desprevenido. Algunos de los contrastes tienen su razón de ser en la supervivencia de la *tradición cultural mítica* y otros han sobrevenido como consecuencia de la *modernización* aparejada con los procesos de industrialización, típicos de cualquier sociedad occidental.

¹⁸ Palabras pronunciadas por el director del Hudson Institute, Herman Kahn; citadas en: Courdy, J. C., *op. cit.*, p. 251.

A modo de conclusión

Creemos, por todo lo dicho, que el aporte más relevante del conocimiento de la historia social de la educación del Japón —como de cualquier otra región del planeta— es la desmitificación y superación de los prejuicios etnocéntricos de la historia tradicional. Especialmente cuando el presente nos interroga, el pasado no inmediato, vinculado por el devenir histórico al presente y al futuro, —tal como surge al acercarnos al conocimiento de la trama social japonesa— es una fuente inagotable de respuestas. No queremos decir que la historia sea la respuesta a las preguntas del presente exclusivamente, sino que las realidades sociales tienen una génesis que es necesario rastrear para descubrir su significación, su sentido; en definitiva, para comprenderlas.

El caso de la historia social de la educación en Japón es uno entre tantos para ser abordado del modo que proponemos.

Educación y sociedad, componentes de la conciencia típicamente feudales y técnicas de producción occidental, relaciones de subordinación y supraordenación que remiten al servilismo o vasallazgo feudal, ética colectiva y nacionalismo, Estado y sistema educativo, modernización y tradición, racionalidad y mito, orientalismo y occidentalismo, tecnología y religión, etc., constituyen algunos problemas para ser analizados. Estos binomios —entre otros— sintetizan de un modo particular las aparentes contradicciones del proceso histórico de formación y consolidación del Estado japonés Meidiy, Tais-ho y Showa, entre 1868 y 1945. ¿Son ellos relevantes para comprender al Japón actual?